

Ruth Praver Jhabvala

Nueve vidas de una extranjera

Sara Sefchovich

Nacida en una familia judía alemana, emigró a Inglaterra. Vivió en la India muchos años y, hasta el final de sus días, en Nueva York. La escritora Ruth Praver Jhabvala fue una extranjera en todas partes, y una cronista acuciosa de las vidas propias y ajenas, reales e imaginarias que con tanta intensidad retrató en sus novelas, relatos y guiones cinematográficos.

I

En su libro de relatos *Mis nueve vidas. Capítulos de un pasado posible*,¹ la escritora Ruth Praver Jhabvala hace el juego literario por excelencia, que es el de inventar vidas, pero lo hace de una manera particular: para aplicárselo a sí misma.

Toda literatura tiene algo (o mucho) de autobiográfico y mucho (o algo) de invención. De modo que eso hacen inevitablemente todos los escritores, pero algunos, como ella, lo llevan a un extremo de gran complejidad.

Esta complejidad se debe a varias razones:

La primera, que la autora-narradora se inventa su propio pasado. Por lo general quienes escriben inven-

tándose la propia vida, lo hacen pensando en los caminos posibles que hubieran podido seguir.² En el caso de Praver lo que inventa es el pasado, pero no el que le hubiera gustado tener sino el que habría podido tener. Así lo dice ella: “Estos capítulos son potencialmente autobiográficos, pues aun cuando algo no me sucedió realmente, podría haberme sucedido. Cada una de las situaciones es una en la que yo habría podido estar, y muchas veces, en cierto sentido lo estuve”.³ Esto le da complejidad, porque entraña una comprensión muy profunda de sí misma y de sus personajes y, además —y esto es lo interesante—, porque se da cuenta de que aun inventando su pasado,

¹ Ruth Praver Jhabvala, *My Nine Lives. Chapters of a Possible Past*, Shoemaker & Hoard, Washington, 2005.

² Yo misma lo hago en *La señora de los sueños* (Alfaguara, México, 2010).

³ “Apología” en *My Nine Lives*, p. VII.



Ruth Prawer Jhabvala

vive la misma vida que vivió y llega al mismo lugar al que llegó.

La segunda, porque el juego de Prawer rompe la búsqueda típica del lector o del crítico que consiste en preguntarse qué tanto de autobiográfico hay en un libro. Y es que, según el título y el texto con que lo abre (una breve página y media), estos relatos son completamente autobiográficos, pero al mismo tiempo no lo son para nada. Entonces lo que Prawer pone sobre la mesa es la pregunta de qué es autobiografía y pone también sobre la mesa la respuesta de que autobiografía es tanto lo que efectivamente nos sucedió como lo que les sucedió a otros, tanto lo que hemos vivido como lo que nos contaron, lo que leímos, lo que soñamos, lo que quisimos, lo que vimos o lo que inventamos, e incluso lo que habría podido ser, pues lo que hace autobiográfica la vida es lo que hemos hecho nuestro.⁴

Esta idea conduce a otra de la que habló Octavio Paz: que el escritor está haciendo autobiografía al hacer ficción y ficción al hacer autobiografía. Y que cualquier texto es ambas cosas a la vez. Dicho de otro modo, que el escritor

inventa vidas posibles o imposibles, pero que lo de menos es que lo que dice sea real o inventado pues toda realidad es invención y toda invención se basa en la realidad, y lo de menos es que lo haga con personajes reales o ficticios, pues todos lo son, aun el más cercano “yo” narrativo, o por el contrario, aun el más lejano “él” narrativo.

Ésa es precisamente la materia de la literatura (y del arte en general). Para eso se escribe. Y para eso se lee: para conocer vidas y para imaginar vidas, para poderlas dejar como son o cambiar.

La tercera es que Prawer lo hace con mucho oficio, pues su narrativa siempre fluye, tersa y en apariencia sencilla, que es lo más difícil, pero además porque en este caso particular se trata de su último libro, de una vida dedicada a poner sobre el papel las vidas ajenas, reales o inventadas o, mejor, reales e inventadas, en una producción narrativa vastísima.

II

Durante doce novelas, montón de relatos cortos (algunos reunidos en libros) y bastantes guiones cinematográficos (por lo general adaptaciones de novelas de otros escritores como E. M. Forster, Henry James, Jean Rhys, pero también propios), Ruth Prawer Jhabvala describió e inventó vidas. Lo hizo con una pluma pausada que, siguiendo dos tradiciones, la alemana y la inglesa, dedica buena parte de su energía y su espacio a describir el ambiente en que se mueven sus personajes y la manera como éstos son y se ven, dejando poco espacio para lo que “hacen”. Por eso despacha en dos líneas años de una vida: “Me iba a convertir al budismo pero en lugar de eso me casé y años después regresé a casa”, y en cambio dedica tres páginas a describir lo que le interesa a un personaje.

Pero ese poco “hacer” no significa que no suceda nada. En los relatos sucede y mucho. Hay fuertes pasiones que desmienten que la vida o el personaje descritos sean tan normales como parecen y éstas terminan siempre por darle un giro brusco a la narración.

Ésa es la manera praweriana de escribir: los ambientes íntimos, que todo parezca muy tranquilo, casi inmóvil, pero que sea muy intenso. Quien haya visto las películas *A Room with a View*, *Howards End*, *The Remains of the Day*, *Los bostonianos*, *Madame Sousatzka*, *Shakespeare Wallah*, y quien haya leído cualquiera de sus novelas o relatos estará de acuerdo con esta afirmación. En lo que tal vez no estén de acuerdo es en que Prawer es una romántica, porque pone en el centro de todo la pasión, el amor, la belleza, la poesía; siempre está en espera de volver real lo imposible, darle espiritualidad a lo material, ilusión a la realidad, atrevimiento a la sumisión.

Si quisiéramos meter en un solo saco los temas de Prawer podríamos decir que todos ellos son, están, ha-

⁴ Sara Sefchovich, “La vida en los libros” en Denise Dresser (coordinadora), *Gritos y susurros, experiencias intempestivas de 38 mujeres*, Grijalbo/Raya en el Agua, México, 2004, pp. 223-229.

blan y apuntan a dos cosas: una es la dificultad de mantenerse dentro de los cánones que la sociedad impone y otra es la búsqueda incesante de la belleza y el amor.

Lo de menos es que eso ocurra en Estados Unidos o Inglaterra o India, los tres continentes que forman los escenarios de su obra.

Y sin embargo, los críticos consideran que la “esencia” de la escritura de esta autora es el conflicto entre Oriente y Occidente y, más todavía, afirman que Praver será recordada por lo que escribió sobre India.

Pero a mí me parece que no escribió sobre India ni sobre Nueva York sino sobre sí misma en esos escenarios.⁵ Porque, sea en la India o en Nueva York, lo significativo de Praver es que sus personajes están siempre buscando cómo saciar el deseo, cómo romper con las costumbres, cómo librarse de las exigencias de otros. De modo que, si bien el escenario cuenta, pues le da sus formas de ser, de mirar y de expresarse, lo importante en esta autora son esas búsquedas.

Tal vez por eso la India y el Nueva York de Praver son puros lugares comunes, como los concebimos en el sentido que le dio Edward Said cuando acuñó el concepto *orientalismo*.⁶ No hay nada en sus relatos que no quepa perfectamente en nuestro imaginario de cómo es India o Inglaterra o Nueva York. Ellos se ven y son exactamente como la tradición literaria europea los ha mitificado.

India es el país de la “belleza y el misterio”:⁷ lleno de pobres, santones y gurús, niños descalzos que vomitan por todas partes, mujeres sumisas envueltas en saris, madres y suegras tradicionalistas, basura, camiones atestados y todo lo demás que ya sabemos e imaginamos sobre ese país. Nueva York es una ciudad llena de intelectuales y artistas, algunos que lo son realmente y otros que lo quieren ser, de mujeres hermosas que tienen amantes, organizan cenas, van a exposiciones y hablan de cultura. Inglaterra es el país colonial, el imperio, con sus casas hermosas con jardines hermosos y gentes bien vestidas que cenar juntas a la hora en punto y que insinúan más que lo que dicen, pero que llevan las pasiones por dentro.

¿Acaso no hemos ya oído y leído del ama de casa que abandona todo por un profesor de canto porque la música es lo que más le gusta en la vida? ¿O de la mujer que sigue hasta la ignominia a un santón que la convenció de su fe? ¿O de los occidentales que llegan a la India esperando encontrarle sentido a sus vidas? ¿O de los europeos exiliados en Estados Unidos que se llevaron sus pesados muebles y reconstruyeron sus empresas? ¿O de los

ricos generosos que mantienen a cualquiera que los impresione con su arte o con su palabra así se acueste con su mujer?

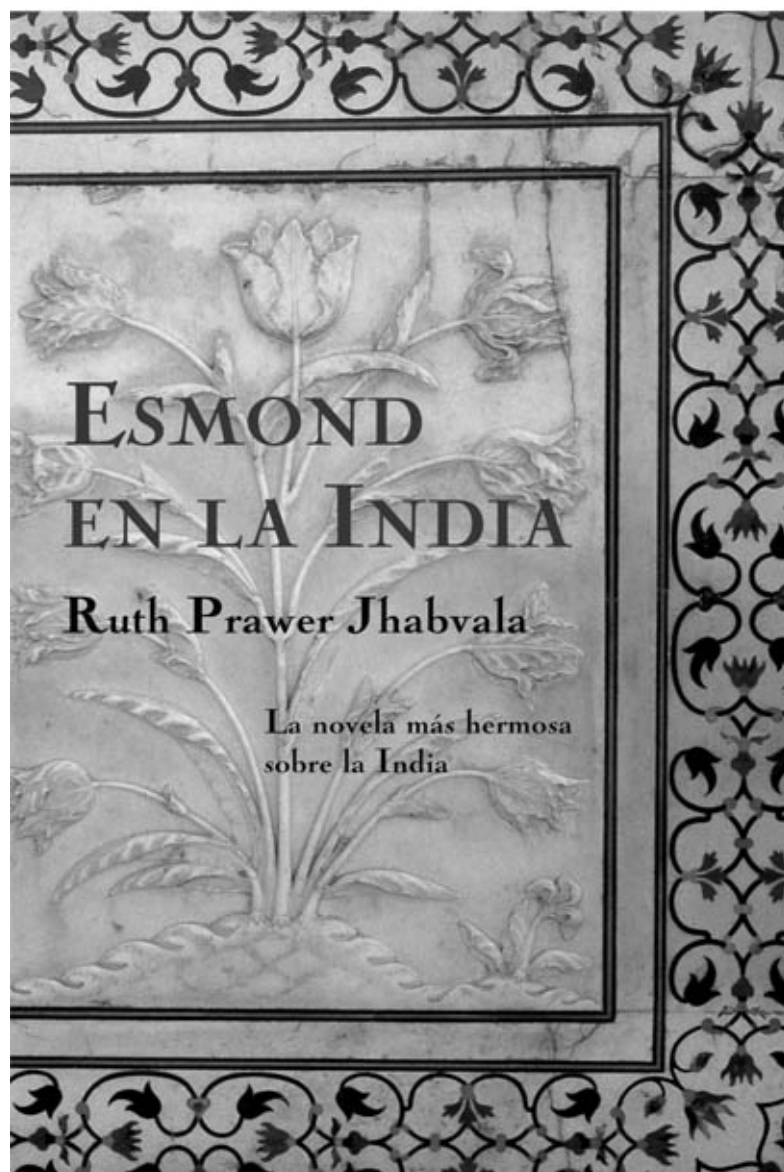
Sí, ya todo eso lo sabíamos desde antes de leer a Ruth Praver.

Y no sólo eso. También sucede que en la literatura de Praver los temas y situaciones y escenarios y personajes y modos de narrar y palabras se repiten y reiteran una y otra vez. Es como si fuera un solo relato, uno y el mismo siempre. Esto no es casualidad ni accidente sino un concepto de la vida y una estética: “Cuántas veces uno quiere ponerse otros padres, otro país, nuevas circunstancias, [pero] las situaciones en que se coloca el yo siempre terminan por desarrollarse de la misma manera”.⁸

III

Hay en la vida de Ruth Praver un atractivo que nos hace buscar sus libros, y en sus libros un atractivo que nos ha-

⁸ “Apología” en *My Nine Lives*, p. VII.



⁵ Pankaj Mishra tiene una idea parecida en “Passages to India”, reseña a *My Nine Lives*, en *The New York Times Book Review*, 18 de julio de 2004.

⁶ Ella no estaría de acuerdo con esta afirmación; siempre dijo que su India era la que nadie veía.

⁷ Ruth Praver Jhabvala, “In Love with a Beautiful Girl”, *The New Yorker*, 15 de enero de 1966.



Ruth Prawer Jhabvala con James Ivory e Ismail Merchant

ce seguirla leyendo. No importa que ya conozcamos su India y su Nueva York, a sus personajes y a sus historias, no importa siquiera que después de leer una ya sepamos cómo se van a desarrollar las demás e incluso en qué van a terminar, lo que importa es la narración misma, que mete al lector en la trama y en el ambiente y en el interior del personaje de manera inmediata y profunda y lo enreda en la tensión. Y lo mejor es que de todos modos se sorprende.

Esto es posible porque es una narrativa que provoca extrañeza en el sentido brechtiano, en la que el lector al mismo tiempo se involucra que toma distancia. La relación con los personajes y los sucesos se establece desde este doble parámetro de cercanía y lejanía, de *déjà vu* y sorpresa.

Pero quizá lo más atractivo es el modo de ser humanos de los personajes, porque están contruidos de tal manera que al mismo tiempo tienen vulnerabilidad y fortaleza, aquélla para aguantar la vida que les tocó en suerte y ésta para sacarlos de un tirón y aventarlos a otra parte. Y lo mejor: para que jamás se arrepientan de ello ni se desilusionen, pase lo que pase.

Prawer no construye héroes, sino que nos muestra lo patético atrás de todo y de todos, de lo convencional

y también de lo deseado. Sus personajes siempre son extremos: en mezquindad y en generosidad, en engaño y en verdad. Éstos siempre se dejan pisotear por aquéllos, que son los triunfadores del mundo. Pero ellos son los triunfadores de la vida, aunque su felicidad penda de un hilo, que a su vez pende de la mano del mezquino, del mentiroso, del tramposo, del falso. Ese enredo nos amarra como lectores, porque intuimos que hay un mundo maravilloso que no conocemos pero al que aspiramos: el de la dicha total, sexual, espiritual, de la fe profunda en algo, o más bien, en alguien, por el que vale la pena echar todo por la borda.

Aunque esa dicha no va a durar, no puede durar, de modo que el sacrificio es para conseguir lo anhelado por muy poco tiempo. Y ese saber (que es del lector, no del personaje) está presente en el relato como una navaja que lo atraviesa y lastima al lector (tanto como a los personajes y a la autora).

IV

Los relatos de Prawer suceden en el ahora, y si bien a veces hay miradas hacia atrás, son nada más para sustentar el presente. Eso es así porque no le gusta recordar; su memoria está fragmentada y llena de olvidos.

Ruth Prawer Cohn nació en Colonia en 1927, y allí pasó los años de su infancia y el principio de su adolescencia, en una familia judía obediente de las tradiciones y muy ligada a su comunidad. Alemania era entonces un país donde había un fuerte antisemitismo gubernamental y popular. Le tocó a Prawer vivir la época de las leyes que prohibían a los judíos asistir al teatro y los lugares públicos, sentarse en las bancas de los parques, usar el transporte colectivo, comer frutas y verduras, ponerse mascaradas, corbatas, aretes o cualquier otro adorno. Presenció las hordas que atacaban negocios y hogares judíos sin que nadie interviniera para evitarlo. Su familia fue de las últimas que consiguió salir antes de la guerra. Y se fue a Inglaterra, donde Ruth y su hermano crecieron como refugiados entre refugiados pobres en un barrio al norte de Londres;⁹ vivieron los bombardeos alemanes sobre la ciudad y el racionamiento de alimentos. Y, apenas terminada la contienda, su padre se suicidó, atenuado por el dolor al enterarse de sus muchos parientes que habían muerto en el Holocausto.

Así que la vida no fue fácil para ella y, sin embargo, nunca habló de eso. Es como si su vida no hubiera existido antes de llegar a la India, lo que sucedió porque en una fiesta conoció a un hindú y así fue como salió de Europa para ir a vivir a Delhi.

⁹ Ruth Prawer Jhabvala, "A Birthday in London", *The New Yorker*, 10 de diciembre de 1960.

Allí se fascinó con el mundo tan diferente que vio, sin persecuciones, sin carencia de alimentos, sin pobreza. Por eso lo recogió y retrató obsesivamente durante más de veinte años. Hasta que un día no lo pudo soportar más. Odió su pobreza, odió a sus clases medias, odió sus olores. Y entonces se fue a vivir a Nueva York por los siguientes casi treinta años.

Así que Ruth Prawer fue siempre una exiliada, pero eso no le importaba, lo que le dolía era ser una extranjera en todas partes. Una anécdota lo muestra en toda su dimensión: sus relatos tuvieron gran éxito en India hasta que se supo que no era hindú y entonces la acusaron de colonialista y dejaron de leerla.

Las peripecias de su vida la convirtieron en mujer de muchas culturas: de su parte judía-europea le quedó una “deplorable tendencia al autoanálisis”, como decía de sí misma¹⁰ y una fascinación con el humor; de su parte alemana guardó la dulzura de las pasiones románticas; de su parte inglesa el idioma que sintió más suyo y la manera de recrear ambientes y construir personajes llenos de matices y sutilezas, pues amó esa literatura; de sus años en India, la galería de seres y situaciones más extravagantes, y de su tiempo neoyorkino las fantasías de un mundo inexistente pero que le habría gustado que fuera real: el de los exiliados europeos amantes del arte y la cultura.

V

Escribo esta nota porque el pasado abril murió Ruth Prawer Jhabvala, un mes antes de cumplir ochenta y seis años. Murió en su departamento neoyorquino, rodeada de su marido, el arquitecto indio que le dio su difícil apellido y con el que permaneció desde mediados del siglo pasado hasta el fin de sus días, en una relación de cariño y complicidad. También de sus tres hijas y del director de cine James Ivory, su vecino y amigo, uno de los tres con quienes armó la mancuerna más duradera en la historia del cine: cuarenta años de colaboración.¹¹ El otro había sido Ismail Merchant, el productor fallecido unos años antes.

En los sesenta, uno de ellos leyó la novela *The Householder* y le encantó. Sin más trámite, los dos se subieron a un avión y fueron a buscar a Prawer hasta Delhi para convencerla de filmarla. Desde entonces, nunca más se separaron: la judía alemana-inglesa-india-americana, el protestante inglés y el musulmán indio-americano trabajaron juntos por el resto de sus días.

¹⁰ Ruth Prawer Jhabvala, “Myself in India”, citado en Mishra, “Passages to India”, *art. cit.*

¹¹ James Ivory en *Time Entertainment online*, 11 de abril de 2013.

La fascinación que les produjo a Ivory y Merchant la lectura de Prawer me sucedió a mí medio siglo después y les ha sucedido a muchos miles más. Tal vez por eso siempre fue una autora exitosa. En cuanto empezó a escribir y a publicar, sus escritos llamaron la atención. A fines de los años cincuenta sus relatos entraron nada menos que a *The New Yorker*, que la publicó siempre, hasta poco antes de morir.¹² Sus libros, aceptados por la misma editorial, encontraron reseñas favorables siempre y muchas traducciones. Su novela *Heath and Dust* ganó el más importante premio de literatura inglesa: el Booker. Sus adaptaciones al cine ganaron dos premios Oscar y una beca BAFTA. Siempre recibió reconocimientos e invitaciones. Y cuando se fue a vivir a Estados Unidos le otorgaron una beca-genio MacArthur, de esas que envían un buen cheque cada mes a la casa sin ninguna obligación que cumplir. Y no faltó quien la vio como candidata al Nobel: el crítico Francis King aseguró cuando se lo dieron a Doris Lessing se lo debieron haber dado a doña Ruth.¹³

VI

Pienso en Ruth Prawer Jhabvala como una persona que sobrevivió a la persecución organizada en contra de todo un pueblo, y que de ello le quedó ser “irritable y nerviosa”.¹⁴

Pienso en ella como un ser brutal consigo misma, que se consideraba poco agraciada, poco inteligente, nada talentosa, mal vestida y poco apta para la vida social, alguien que decía: “No tengo una misión ni una causa, no soy paciente, alegre, poco egoísta ni fuerte”.¹⁵

Pienso en ella como mujer que se retrató y se inventó a sí misma, envolviéndose en saris y con anhelos de tener otro pasado, una mejor relación con la madre, amores y pasiones, menos errores y complejos.

Pienso en ella pasando de un país a otro, de una cultura a otra, con las que se fascinaba y desencantaba con la misma facilidad.

Pienso en su insatisfacción con el mundo, en su búsqueda perpetua y en nunca haber encontrado lo que quería, a pesar de haber conseguido todo lo que hoy llamamos éxito y mientras sus admiradores siguen convencidos de que la suya era una gran vida.

Pienso en ella escribiendo, siempre escribiendo, para seguir buscando lo que buscaba. **U**

¹² Su último texto se publicó en *The New Yorker* en marzo de 2013, unos días antes de su muerte.

¹³ Francis King, “Prefacio” a *How I Became a Holy Mother*, Capuchin Classics, Londres, 2008, p. 10.

¹⁴ Ruth Prawer Jhabvala, “Myself in India”, citado en Mishra, *art. cit.*

¹⁵ Ruth Prawer Jhabvala a Francis King, *The Guardian*, 5 de abril de 2013.